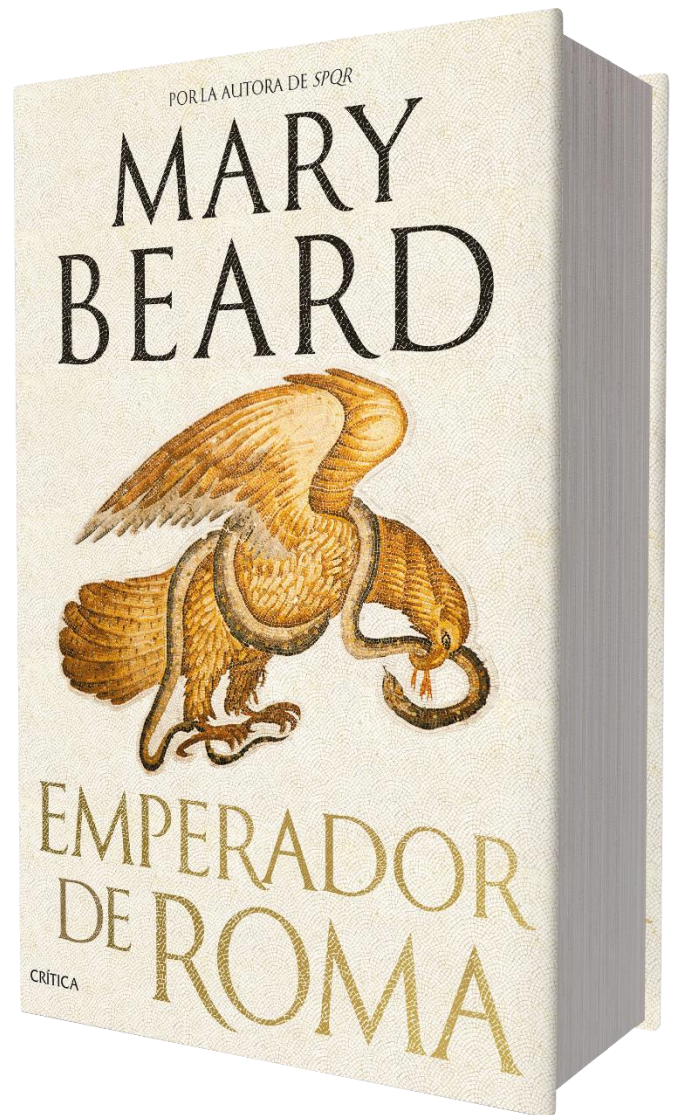


CRÍTICA

Emperador de Roma

MARY BEARD

Vuelve Mary Beard con la continuación de *SPQR*. Una nueva manera de ver el Imperio Romano



A LA VENTA EL 25 DE OCTUBRE

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
689 771 980 / epasas@planeta.es

SINOPSIS

¿Fanáticos del control, adictos al trabajo o adolescentes malcriados? ¿Cómo eran realmente los emperadores de Roma?

En SPQR, Mary Beard narró la historia milenaria de la antigua Roma. En este nuevo libro centra su atención en los emperadores que gobernaron el Imperio romano para darnos una versión matizada y más precisa de estas glorificadas figuras clásicas. Desde Julio César (asesinado en el 44 a.C.) hasta Alejandro Severo (asesinado en el 235 d.C.), pasando por el loco de Calígula, el monstruoso Nerón y el filósofo Marco Aurelio, Mary Beard recorre la vida y los mitos de los grandes gobernantes romanos y nos plantea grandes preguntas: ¿qué poder real ostentaban los emperadores?, ¿quién movía los hilos entre bambalinas?, ¿cómo se gobernaba un imperio tan vasto?, ¿realmente estaban las paredes de palacio tan manchadas de sangre?

Para darnos respuesta y acercarnos un poco más a la realidad imperial, Mary Beard sigue los pasos del emperador de cerca: en su hogar y en las carreras, en sus viajes e, incluso, de camino hacia el cielo; nos presenta a sus esposas y amantes, a sus rivales y esclavos, a los bufones y soldados de la corte y a la gente corriente que le entregaba cartas de súplica. Emperador de Roma nos lleva directamente hasta el corazón de Roma, y de nuestras fantasías sobre lo que era ser romano, a través de un relato como nunca antes se había contado.

«Un relato arrollador del mundo social y político de los emperadores romanos por "la clasicista más famosa del mundo"». —The Guardian

LA AUTORA



Mary Beard es catedrática de Clásicas en el Newnham College, Cambridge. Es editora en *The Times Literary Supplement* y autora del blog «A Don's Life». Es miembro de la Academia Británica y de la Academia Americana de Artes y Ciencias. Entre sus libros publicados se incluye *El triunfo romano* (2008); *Pompeya* (2009), ganador del Premio Wolfson; *La herencia viva de los clásicos* (2013); *SPQR. Una historia de la antigua Roma* (2016); *Mujeres y poder* (2018); *La civilización en la mirada* (2019) y *Doce césares* (2021), todos ellos publicados en Crítica. Fue galardonada con el premio Princesa de Asturias de Ciencias Sociales en 2016.

EXTRACTOS DE LA OBRA

BIENVENIDOS AL MUNDO DE LOS EMPERADORES ROMANOS

«Algunos, como Calígula y Nerón, aún son, hoy en día, sinónimos de exceso, crueldad y sadismo ocasional. Otros, como el “emperador filósofo” Marco Aurelio con sus *Meditaciones* (o, mejor dicho, como yo las llamo, sus *Apuntes para sí mismo*), son todavía éxitos de ventas internacionales. Y otros son casi desconocidos incluso para los especialistas. ¿Quién reconoce hoy en día a Didio Juliano, que en el año 193 e. c. se supone que compró su acceso al trono durante algunas semanas, cuando la guardia imperial subastó el imperio al mejor postor?

Emperador de Roma explora la realidad y la ficción de estos gobernantes del antiguo mundo romano preguntándose qué es lo que hicieron, por qué lo hicieron y por qué el relato de sus historias ha trascendido de forma tan extravagante y, a veces, escabrosa. El libro atiende a importantes cuestiones de poder, corrupción y conspiración, pero también se ocupa de los aspectos prácticos y cotidianos de sus vidas. ¿Qué y dónde comían? ¿Con quién dormían? ¿Cómo viajaban?»

«**Este libro empieza con los arquitectos del gobierno de un solo hombre en Roma (Julio César, asesinado en el año 44 a. e. c., y su sobrino nieto Augusto,** que se convirtió en el primer emperador) y examina un período de poco menos de trescientos años, desde mediados del siglo I a. e. c. hasta mediados del siglo III e. c., que abarca el mandato de treinta emperadores.»

«Los emperadores entraban y salían, y muchos de ellos han caído en el olvido. Algunos han dejado una huella indeleble en la cultura occidental. **Calígula** (que ocupó el trono desde el año 37 hasta el 41 e. c.) **se hizo inolvidable por haber propuesto a su caballo favorito para ocupar un alto cargo político, y Adriano** (que gobernó entre el año 117 y el 138), **por haber construido la “Muralla” que atraviesa el norte de Inglaterra.** Sin embargo, pocos son los que han oído hablar de Vitelio (un glotón insaciable que gobernó unos pocos meses en el año 69), o del autoritario Pertinax (con un reinado igualmente breve en el año 193), o incluso de Heliogábalo. No todos dejaron un prolongado recuerdo.

Estos hombres (todos ellos hombres: ninguna “emperatriz” ocupó jamás el trono) **gobernaron un vasto territorio que abarcaba, en su máxima extensión, desde la actual Escocia hasta el Sáhara y desde Portugal hasta Irak, con una población estimada, fuera de Italia, de unos cincuenta millones de personas.»**

«Los autores antiguos hacen referencia a gobernantes aparentemente inmersos en lo que nosotros calificaríamos de “papeleo” (en su terminología, tablillas de cera y anotaciones sobre papiros). Se decía que **Julio César se ocupaba de su correspondencia mientras asistía a las carreras,** y eso habría disgustado al resto del público, que se lo tomó como un insulto

a las diversiones populares. **Vespasiano, uno de los afortunados emperadores que murió en la cama en el año 76 e. c., se levantaba antes del amanecer para leer sus cartas e informes oficiales.** [...]No obstante, el papeleo solo era una parte del trabajo. **Se esperaba que los emperadores fuesen accesibles a sus súbditos, tanto en persona como en papel.** Esta idea queda resumida en una historia de Adriano, quien, estando de viaje, fue interceptado por una mujer que trataba de pedirle un favor. Cuando Adriano le respondió que no tenía tiempo, la mujer replicó bruscamente: “Entonces deja de ser emperador”. Y él la dejó hablar.»

«Pero lo más importante, como veremos, es que **existió una creciente diversidad geográfica —y a veces étnica— entre los emperadores.** Trajano y Adriano, ambos de la primera mitad del siglo II e. c., eran originarios de Hispania. Unas cuantas décadas después, Septimio Severo fue “el primer emperador africano”, nacido en la actual Libia.»

REQUISITOS PARA SER EMPERADOR

«En un escabroso fragmento, **Plinio**, el administrador que fácilmente puede quedar sepultado bajo los detalles de la tributación, y cuyo breve servicio militar estuvo alejado de la acción enemiga, **alaba al emperador cuyos logros consisten “en campos de batalla**

«Plinio enumera todo un abanico de requisitos específicos. Su emperador ha de ser generoso: debería proporcionar placer a su pueblo mediante los espectáculos, y apoyo práctico mediante la comida y el dinero. Ha de construir monumentos públicos para el bien común, no para su propia comodidad o autocomplacencia. Ha de conquistar en la guerra.»

repletos de gigantescos montones de cadáveres y mares teñidos de sangre”.

Presenta también principios más generales para guiar la conducta del emperador. **Ha de ser transparente, renunciando a apuntalar su posición con falsas pretensiones y falsos logros.** Para Plinio, los “malos” emperadores **hacían trampas incluso cuando cazaban por diversión,** cobrándose piezas que previamente habían sido acorraladas para que ellos pudieran disparar. Y recurriendo a una frase que revela hasta qué punto estaba incrustado el lenguaje de la esclavitud en el lenguaje del

poder romano, afirma que el emperador debe actuar como un **padre para sus súbditos,** no como un amo de esclavos (dominus), **garantizando su libertad sin forzarlos a la servidumbre.** Ante los senadores, debe actuar como “uno de nosotros” (literalmente, en latín, unus ex nobis).»

EL REPARTO DE PODER EN LA REPÚBLICA Y LOS ORÍGENES DEL IMPERIO

«Sin duda, **los principales cargos políticos del Estado, incluidos los cónsules en lo alto de la jerarquía, eran elegidos democráticamente por todos los ciudadanos varones, y esos**

mismos ciudadanos se encargaban de redactar leyes y tomar decisiones acerca de la guerra y la paz.

Pero era un sistema dominado por los ricos. Sus votos en las elecciones contaban deliberadamente más que los de los pobres, y solo ellos podían presentarse como candidatos y dirigir los ejércitos de Roma. Entretanto, **el Senado, compuesto por varios cientos de antiguos cargos públicos, era la institución política más influyente del Estado.** Pese a que, tanto entonces como ahora, su exacto poder formal es difícil de definir, las decisiones del Senado solían respetarse. Sería quizás más correcto llamar a este gobierno “sistema de poder compartido” en vez de calificarlo directamente de “sistema democrático”. Aparte del Senado, cuyos miembros eran vitalicios, **todos los cargos políticos estaban restringidos temporalmente y se ejercían solo durante un año, y siempre de forma conjunta.** Siempre había dos cónsules en el cargo. **El siguiente puesto de la jerarquía lo ocupaban los “praetores”, responsables de la administración de la ley, entre otras cosas.** Estos magistrados fueron aumentando gradualmente en número, de modo que acabó habiendo dieciséis “praetores” cada año. No se trataba tan solo de crear más funcionarios para poder lidiar con una carga de trabajo cada vez mayor, aunque esto también influía. El principio subyacente de la República era: nunca tuviste el poder por mucho tiempo, y nunca solo.»

«No obstante, el punto de inflexión llegó a mediados del siglo I a. e. c. con **Julio César, que estuvo en la cúspide entre la especie de democracia de Roma y el gobierno de los emperadores.**»

«Ya en el siglo II e. c., el biógrafo Suetonio (de nombre completo, Cayo Suetonio Tranquilo), que estaba redactando las Vidas de los primeros doce emperadores romanos, decidió empezar con Julio César, el principal fundador de la dinastía imperial. Y no le faltaba razón, porque **todos los gobernantes romanos que le siguieron adoptaron el nombre de “César”, hasta entonces un apellido romano corriente,** como parte de su propia titulación oficial (una tradición que se ha perpetuado hasta los modernos káiseres y zares).»

«**Es fácil comprender por qué a César se le adjudicó este papel de fundador.** Aunque no transcurrieron ni cuatro años entre su victoria sobre Pompeyo y su propia muerte en el año 44 a. e. c. (y aunque apenas permanecía más de un mes seguido en la ciudad porque tenía que aplacar otros focos de la guerra civil en el exterior), **César consiguió cambiar el rostro de la política romana de forma tan radical y polémica que sentó las bases para los emperadores posteriores.** Como ellos, **controlaba las elecciones de los altos cargos y nombraba a candidatos que, después, simplemente recibían el visto bueno de los votantes.** Si Pompeyo se había conformado con que su efigie apareciera en las monedas acuñadas en el extranjero, César quiso que también apareciera en las acuñadas en Roma (fue el primer romano vivo que lo consiguió), y **se lanzó a inundar la ciudad y el mundo exterior con su imagen en cantidades nunca vistas antes: se elaboraron cientos de retratos, si no miles.** Además, ejerció un poder sin precedentes en nuevos ámbitos, al parecer con desenfreno. **El irónico chiste de Cicerón de que las estrellas del firmamento**

estaban obligadas a obedecerle era una referencia a su osada reforma del calendario romano, que modificaba la duración del año y de los meses, y, en efecto, introducía el “año bisiesto”, tal como hoy lo conocemos. Solo los autócratas todopoderosos —o, como en la Francia del siglo XVIII, las camarillas revolucionarias— pretenden controlar el tiempo.

César estableció también una pauta para el futuro por la forma en que murió, asesinado en el año 44 a. e. c., poco después de haber sido nombrado “dictador a perpetuidad”. Su muerte se convirtió en una advertencia para sus sucesores y en un modelo para el asesinato político que ha durado hasta nuestros días.»

EMPERADORES VERSUS SENADORES

«En los momentos más extremos, hubo derramamiento de sangre en ambos bandos. Se conspiraba contra los emperadores y estos morían asesinados. Los escuadrones de la muerte de palacio eliminaban —o forzaban al suicidio, que era más propio de los romanos— a los senadores molestos o supuestamente desleales. Los llamados “juicios por traición” acababan condenando a muerte a senadores por delitos que, vistos retrospectivamente, resultaban triviales (críticas ocasionales al emperador, daños a una estatua imperial, y cosas semejantes). Teniendo en cuenta que los fiscales eran senadores, y que el jurado era el propio Senado, resulta difícil no sospechar que a veces había viejos ajustes de cuentas entre los propios senadores, o que los ultraconservadores actuaban movidos por el deseo de hacer el trabajo sucio del emperador.

Pero no siempre era así. El propio Augusto estuvo probablemente detrás de la ejecución de un rico senador que se había ganado el apoyo popular fundando la primera brigada de bomberos semiprofesional de la ciudad: esto apunta a la precariedad de los servicios públicos y a la inquietud del emperador ante la posibilidad de que potenciales rivales explotasen su popularidad entre el pueblo.»

SUCESIÓN DE LOS “CÉSARES”

«Después de la muerte de Augusto, durante los siguientes doscientos años más o menos y durante las dos docenas siguientes de emperadores, el traspaso de poder fue casi siempre controvertido y peligroso, y a veces homicida, desde el famoso plato de setas envenenadas, supuestamente servido al emperador Claudio en el año 54 e. c. por su esposa, Agripina, hasta el humillante final de Caracalla en el año 217, atacado por un asesino mientras orinaba. Pero el cambio de régimen en Roma no solo causó momentos de incertidumbre y conflicto. Como veremos, conllevó momentos en los que se reinventó la historia, se crearon o se destruyeron reputaciones de emperadores del pasado, y hombres como Plinio sufrieron incómodos reajustes.»

«El sistema romano no tenía ninguna norma establecida, ni en las herencias familiares (las grandes propiedades no acababan necesariamente en manos del hijo mayor), ni en la sucesión política. Esto permitía una mayor flexibilidad en cuanto a quién podía heredar el poder y la posición, con la ventaja de que en principio era mucho más fácil evitar a los candidatos inadecuados o impopulares. No obstante, tenía un coste enorme: podía haber

enfrentamientos cada vez que el poder cambiaba de manos o, más a menudo, años de rivalidad y competitividad para posicionarse en la carrera hacia el cargo. [...] **Se convirtió en práctica habitual del emperador reinante otorgar el título de “César” a su sucesor preferido, y concederle un consulado antes de lo acostumbrado, además de otros honores y prebendas.** Dos de los jóvenes herederos efímeros de Augusto, por ejemplo, recibieron el título de *princeps iuventutis*, esto es, “líder” —o incluso “emperador”— “de la juventud romana”. Pero, una vez fallecido el gobernante, eran otros los que podían llevar a buen término las promesas implícitas de sucesión o negarse a ello. [...]

Para ello, **se recurría a las revelaciones de los augurios y profecías, a menudo inventadas, que todavía podemos leer en las antiguas biografías de los emperadores: el águila (un símbolo clásico del poder imperial) que un día se posó por casualidad en el hombro de Claudio;** o la sacerdotisa que “por error” se dirigió al futuro emperador Antonino Pío como imperator, mucho antes de que hubiera el más mínimo indicio de que accedería al trono. La norma básica era que, cuanto más endeble fueran las aspiraciones al poder, más insistentes y extravagantes habían de ser las señales y presagios.»

ADOPCIÓN A LA CARTA

«Desde tiempos inmemoriales, **la adopción en Roma no servía a los mismos propósitos que la mayoría de las adopciones actuales.** Era un medio de garantizar la continuidad de la propiedad y del nombre de la familia cuando no había hijos biológicos supervivientes (aquel era un mundo en el que la mitad de los niños que nacían no llegaban a alcanzar los diez años). **La mayoría de los adoptados no eran bebés ni niños, sino hombres adultos cuyos padres a menudo todavía seguían vivos.**

La adopción quedó insertada en el sistema de gobierno de un solo hombre desde el comienzo. **La primera dinastía romana fue inaugurada por Julio César al adoptar a su sobrino nieto Octaviano en su testamento, mientras que Augusto designó a una serie de desafortunados sobrinos, nietos y principitos para que fueran sus herederos adoptándolos como hijos.** Exactamente del mismo modo, más de dos siglos después, Heliogábalo —sin duda asesorado por sus consejeros— trató de apuntalar su posición y asegurar la continuidad dinástica adoptando a su primo Alejandro Severo (a pesar de que el chico tenía entonces solo cuatro años menos que su nuevo “padre”).»

FINALES TRÁGICOS

«**Si tomamos solo la primera dinastía, la de los Julio-Claudios, desde Augusto hasta Nerón, no encontramos un solo emperador que falleciera por muerte natural,** o que no tuviera por lo menos un final acelerado. No me refiero solo al asesinato semipúblico de Calígula o al forzado suicidio de Nerón frente a rebeliones militares. Según algunos escritores romanos, además de los rumores de que Augusto fue asesinado por Livia o de que Claudio fue envenenado con unas setas, también el otro miembro de la dinastía, **Tiberio, fue asfixiado en su lecho de enfermo por uno de los esbirros de su sucesor Calígula.** Lo mismo puede decirse de la dinastía Flavia, que fue la estirpe sucesora, aunque la única denuncia

sobre el asesinato de Vespasiano aparece mencionada en la Historia romana de Dion Casio, y el propio autor acaba desmintiéndola con firmeza.»

BANQUETES DE PODER

«Las comidas imperiales nos ofrecen una imagen reveladora del mundo del emperador y de algunos de los temas más importantes de este libro, desde el sadismo hasta la generosidad, desde el lujo hasta el terror. **El comedor imperial era un espacio tan peligroso como placentero para el emperador y sus comensales** (el envenenamiento está asombrosamente íntimamente relacionado con la cocina). Era también un lugar en el que se reflejaba, y a la vez se subvertía incómodamente, el orden social de Roma.»

«Dicen (aunque es poco verosímil) que **Julio César, por ejemplo, dio un banquete público en algún sitio de Roma en el que se acomodaron 22.000 triclinia; suponiendo que en cada conjunto de tres lechos cupieran nueve personas, estaríamos hablando de 198.000 comensales**. El de Domiciano fue un poco más modesto, pues podemos estimar que el Coliseo tenía una capacidad para acoger a 50.000 comensales. No obstante, la idea era que, cualquiera que fuese el lugar elegido, **los romanos de todas las capas sociales, desde el más alto senador hasta el hombre de la calle, acudieran al anfiteatro para disfrutar de la comida, servida en sus asientos** (en vez de en los triclinios) y pagada por el emperador, que presidía el acto. La comida iba acompañada de espectáculos en la arena: en este caso no había gladiadores ni bestias salvajes, sino otro tipo de escenificaciones, aunque algunas pueden resultar casi igualmente desagradables para los parámetros modernos: batallas entre equipos rivales de mujeres y enanos o representaciones picantes de músicos y animadores.»

«**Una de las ideas que subyacía en los banquetes imperiales era la de exhibir al emperador y convertirlo en el centro del espectáculo**. Incluso cuando comía “en privado”, la ubicación del triclinio —como en el Canopo de la villa de Adriano— implicaba a menudo que el emperador estaba como mínimo virtualmente expuesto.»

«**En las historias de banquetes imperiales también se ponía de manifiesto una visión del orden social, político e incluso “corporal” del mundo romano**, que se debatía y se cuestionaba. De ahí que Suetonio insistiera en que Augusto nunca invitaba a antiguos esclavos a sus cenas. Aparte de las celebraciones públicas de comidas masivas, en la mesa del emperador se establecía una **estricta división entre los comensales invitados que habían nacido libres y los criados y camareros** que eran esclavos o antiguos esclavos. Era una división del género humano entre quienes “servían” y quienes “eran servidos”.»

MORIR COMIENDO

«**Con mucha frecuencia los que actuaban ante la mesa del emperador eran los enanos y los discapacitados, incluidos los mudos y los ciegos, como estuvo de “moda” siglos después en las cortes europeas**. Tratados como objetos de curiosidad, o de “diversión”, hoy

nos parecen víctimas de una broma de mal gusto. Pero ¿cuál era el motivo de su presencia? En parte, también ellos desempeñaban una función importante en la jerarquía de los banquetes. Los cuerpos anómalos de estos personajes marginales y degradados contribuían a que, por comparación, los cuerpos de aquellos a quienes “divertían” —emperador, rey o cortesanos— se consideraran perfectos. **Las imperfecciones corporales de la élite quedaban oscurecidas por esas imperfecciones presuntamente más desagradables.»**

«**Pese a todo, la imagen de la cena imperial estaba unida de modo indeleble a la idea de alto riesgo.** Era casi el típico escenario romano para los asesinatos como lo es la casa de campo británica en la ficción moderna (puñales en la biblioteca, etc.), tanto si era Claudio el que moría a causa de un plato de setas manipuladas, como si era Lucio Vero el que era despachado con ostras envenenadas. **De ahí que existieran grupos de “catadores”. Estos protegían al emperador y a su familia más íntima de la amenaza de envenenamiento, pero al mismo tiempo recordaban a los demás comensales que, si no estaban atentos, lo que ingerían podía matarlos.** Dichos catadores apuntalaban una cultura de la sospecha. Esto en ocasiones adquiere un tono ligeramente cómico. Cómodo, por ejemplo, tenía fama de introducir excrementos humanos en algunos de los platos más caros (no era una maniobra mortal, aunque no resultaba nada divertida para los comensales). Sin embargo, hay numerosas historias en las que —pese a los esfuerzos de los catadores— las cenas sí eran mortales.»

EL EMPERADOR EN SU CORTE

«Las cortes han tenido a menudo mala prensa, y muchas veces han sido definidas como un **semillero de rivalidad, hipocresía y falsa adulación, o, aún peor, de conjuras, conspiración y asesinato.**»

«**Los complicados códigos de etiqueta ofrecían una manera más sutil de calibrar el estatus y el favor.** En palacio todo el mundo sabía, o no tardaba en aprenderlo, quién —y en qué momento— debía ponerse en pie y quién debía permanecer sentado. Tiberio se ganó un gesto de aprobación por el simple hecho de levantarse para despedir a sus comensales. **Los rituales de los besos tenían más matices. Era una práctica habitual romana, por lo menos entre hombres de la élite,** saludarse amistosamente mediante un beso. Había tanto besuqueo en la corte que, en una ocasión, **hubo que prohibir esta costumbre para evitar que se extendiese un molesto brote de herpes infeccioso.** La cuestión de fondo era si uno intercambiaba besos con el emperador y si, por consiguiente, podía alardear de una relación íntima con él.»

«Además, **cómo te besaban y, sobre todo, dónde te besaban eran cuestiones significativas.** Un beso en la boca o en la mejilla indicaba (más o menos) igualdad. **Cuando el emperador ofrecía la mano, en vez de la cara, para que se la besasen, se consideraba una muestra de superioridad por su parte.** Se decía que uno de los motivos que impulsaron a Casio Querea, un oficial de la guardia, a asesinar a Calígula fue que este le ofreció la mano para que se la besase (aunque lo que agravó el insulto fue que Calígula hizo al mismo tiempo un gesto

grosero). **Los besos en las rodillas y en los pies eran mucho peores.** Para los romanos eran como un eco del despotismo oriental. Era habitual censurar a los emperadores, o definirlos como “malos” gobernantes, cuando exigían este tipo de besos. De nuevo, Calígula fue criticado por haber extendido el pie para que se lo besase un hombre al que acababa de perdonar por su participación en una supuesta conspiración. [...]

Casi doscientos años después, Maximino Trax (“el Tracio”), que accedió al trono en el año 235 e. c. tras el asesinato de Alejandro Severo, al parecer aceptaba besos en las rodillas, pero ese era el límite, nunca más abajo: “Dios no permita”, insistió, “que un hombre libre me bese los pies.»

LA FIGURA DEL ESCLAVO

«**Los palacios romanos, tanto en la propia Roma como en otros lugares, eran sociedades de esclavos.** Estaban poblados, atendidos y administrados por miles de esclavos “algunos engendrados en casa”, para decirlo en los crudos términos romanos, otros adquiridos en los antiguos mercados de seres humanos) y por otros tantos exesclavos. El hecho de que los romanos liberasen a tantos esclavos, por lo menos a los domésticos (los que trabajaban en los campos y en las minas recibían un trato muy diferente), era un **rasgo distintivo de la sociedad romana que algunos antiguos observadores del mundo griego consideraban sumamente extraño.** Sin embargo, estos exesclavos, o libertos, como se les conoce hoy, solían permanecer vinculados mediante algún tipo de dependencia a sus antiguos dueños.»

«**Detrás de muchos emperadores se creía que planeaba la siniestra figura de un exesclavo arrogante que dominaba a su amo, que ejercía un poder desmesurado y que obtenía demasiado dinero y prestigio. Detrás de casi cada trono, se decía, había una mujer intrigante que a veces manejaba los hilos de forma letal.**»

«**No siempre queda claro en qué consistían sus trabajos, pero sabemos que uno de los esclavos de Livia era su “portador de bolsos”** (a menos que el título latino capsarius signifique en realidad “hombre encargado del baúl de la ropa blanca”); había una impresionante variedad de **esclavos y exesclavos médicos**, entre ellos un “médico de los ojos”, un “supervisor médico” y un par de comadronas (presumiblemente tanto para el personal como para la propia Livia); y un amplio abanico de criados, desde encargados de la plata”, “peluqueros” y “lacayos” hasta un “carpintero”, un “supervisor de las prendas color púrpura” (o quizás el “supervisor de las labores de teñido”), “reparadores y zurcidores”, “pulidores de muebles” y “limpiadores de ventanas” (o quizás, otra posible traducción, “fabricantes de espejos”).»

«Pero **también había quien pensaba que algunos emperadores podían estar bajo el puño de sus propios esclavos y exesclavos.** Plinio, en su Panegírico, dirigiendo la mirada a los predecesores de Trajano (y advirtiendo de refilón a Trajano), resumió esta idea de forma

tajante: “La mayoría de los emperadores, aunque dueños de sus ciudadanos súbditos, fueron esclavos de sus exesclavos [...] **el principal indicio de un emperador sin poder son los poderosos libertos**”. En efecto, esta idea era un axioma a la hora de definir a los gobernantes de Roma. [...] Sin embargo, todo emperador que estuviera dominado por sus esclavos era automáticamente definido como un «mal» gobernante, al margen de si esa acusación era cierta o no. No era simplemente que el palacio fuera una sociedad de esclavos. **La esclavitud proporcionaba una manera de entender, cuestionar o criticar el poder del emperador.**»

«**También eran esclavos algunos de los que compartían, o estaban obligados a compartir, la cama del emperador. El más famoso de todos fue el amante de Adriano, Antínoo**, el joven esclavo que se ahogó en el Nilo antes de cumplir los veinte años. Aquí, el problema no residía en que, al emparejarse con Antínoo, el emperador estuviera siendo infiel a su esposa (a la mayoría de la élite romana le habría parecido muy raro que un hombre casado, tanto si era el emperador como si no, fuera sexualmente fiel). **Tampoco la relación con personas del mismo sexo se consideraba algo espinoso** (en el caso de un hombre, ser la pareja sexual activa de un joven de estatus social inferior estaba bien visto). El problema era el desmedido desconsuelo de Adriano —casi afeminado, en opinión de algunos— por la muerte de Antínoo. Trató al muchacho como a un dios, fundó ciudades enteras en su honor (Antinoópolis, “ciudad de Antínoo”) e inundó el mundo con sus estatuas, más allá de las conmemoraciones en Tívoli. Y cuando digo inundó, quiero decir exactamente eso: **se han conservado más estatuas de Antínoo que de cualquier otro miembro de la familia imperial de todos los tiempos**, aparte de Augusto y del propio Adriano. Esta era otra muestra de cómo un emperador podía quedar esclavizado por un esclavo.»

«**Otras historias ponen el foco en lo que, para nosotros, son los aspectos menos aceptables de los excesos. Por ejemplo, algunas antiguas habladurías decían que a Augusto le encantaba desflorar a las vírgenes, y que era su esposa quien presumiblemente las traía al palacio y las acicalaba para él.** En cambio, Trajano, pese a la imagen íntegra transmitida por Plinio, era incapaz de mantener las manos alejadas de los niños (nosotros lo veríamos como un depredador). [...] Ya hemos visto que las afirmaciones acerca del cambio de género de Heliogábalo podrían ser tanto un reflejo de las ansiedades provocadas por la mutabilidad de género como ataques al mundo distópico y “antinatural” del emperador. Esto es también aplicable a las historias sobre Esporo, el joven esclavo de Nerón, que supuestamente era tan parecido a la fallecida esposa del emperador que este hizo castrar al muchacho y se casó con él.»

ESPOSAS Y MADRES

«**La impávida y sádica Livia, la disoluta Mesalina, tercera esposa de Claudio, y la dominante Julia Domna, esposa de Septimio Severo, son las tres residentes del palacio imperial más famosas, o más infames.**»

«Tradicionalmente, **los miembros femeninos de la aristocracia republicana habían tenido mayor libertad que (por ejemplo) las mujeres de la élite de la Atenas clásica:** en lo

«En Roma las mujeres no tenían ningún poder, ni formal ni ejecutivo, en las decisiones de Estado, a excepción de un puñado de venerables sacerdotisas. Ni siquiera existía el papel oficial de “emperatriz” o “consorte”.»

económico, en lo social y en cuanto a derechos legales. Sin embargo, durante la República no tenían honores públicos ni títulos, y tan solo había un puñado de estatuas femeninas (normalmente figuras semimíticas del pasado) entre las que decoraban la ciudad. Esto cambió por completo para las destacadas mujeres de la corte, que **eran celebradas públicamente como parte de la familia imperial y como garantes de la continuidad de la dinastía.** Sus

efigies empezaron a adornar las monedas. Sus estatuas se colocaban junto a las de los hombres, cuyas imágenes de mármol y bronce habían dominado la ciudad desde antaño.»

«En el seno de la casa imperial, las parientes femeninas del emperador contribuían a garantizar la sucesión, pero al mismo tiempo amenazaban con romperla. El adulterio, y la deslealtad que implicaba, estaba siempre al acecho. La hija de Augusto, Julia, sin duda apuntaba a estas inquietudes, y las anticipaba, cuando —según una pequeña antología de sus chistes recopilada, o urdida, cuatrocientos años después— respondió bromeando que ella solo aceptaba amantes cuando ya estaba embarazada de su marido: “Yo solo acepto pasajeros a bordo cuando el recipiente ya está lleno”.»

¿A QUÉ SE DEDICABAN LOS EMPERADORES?

«Docenas, incluso **centenares de personas reclamaban diariamente la atención del emperador. Tenía que recibir a las delegaciones y embajadas, con sus discursos de agradecimiento preparados,** y leer las cartas enviadas por los funcionarios romanos de todo el imperio y por las comunidades e individuos particulares que tenían suficiente dinero como para despachar a un portador de confianza que se encargara de trasladar su petición allí donde estuviese el emperador.»

«Había también una larga ristra de decisiones legales formales que el emperador debía tomar. Evidentemente, no era la única persona que desempeñaba el papel de juez en el mundo romano. Su rol estaba vinculado al rol legal de otros funcionarios y jurados que se remontaban a la República. No obstante, **el emperador actuaba como el equivalente del tribunal de apelación para todo el imperio, además de juzgar una buena cantidad de casos ordinarios, ya fuera en el Foro romano y en otras ubicaciones de la ciudad, ya en sus viajes por el imperio, ya en sus palacios** (en la sala decorada con su signo zodiacal era donde a Septimio Severo le gustaba celebrar los juicios).»

«No obstante, los sucesores de Augusto hicieron algo más que esperar el correo. Cuando Fronto escribe a Marco Aurelio acerca de los deberes de un emperador, su lista de consejos incluye, además de enviar cartas, **“ejercer presión sobre los reyes de pueblos extranjeros”, “debatir en el Senado lo que es de interés público” y “corregir las leyes injustas”.** A los

emperadores se les relaciona con toda clase de iniciativas sobre asuntos grandes y pequeños (intervenían incluso en los menús de las tabernas romanas), siempre en aras del “interés público”»

LA REVOLUCIÓN DE LA CIUDADANÍA

«Lamentablemente, no tenemos palabras, ni sofisticadas ni de ningún otro tipo, que ayuden a explicar lo que había detrás de la **reforma más radical jamás introducida por un emperador romano**. En el año 212 e. c., el emperador Caracalla concedió de un plumazo la ciudadanía romana —con el estatus y los derechos legales que eso implicaba, desde la herencia a los contratos— a todos los habitantes del Imperio romano que no fueran esclavos, probablemente más de 30 millones. No era una decisión integrada en un programa revolucionario de cambios como el diseñado por Augusto, pero, pese a ser una sola ley, **tuvo más impacto que cualquier otra de las iniciativas individuales del primer emperador**. A partir de este momento, toda persona libre del imperio compartía los mismos derechos básicos. **La diferencia legal entre (ciudadanos) gobernantes y (no ciudadanos) gobernados quedó abolida de la noche a la mañana, y eso provocó que, en lo fundamental, unos y otros fueran iguales.**»

LA ECONOMÍA DEL IMPERIO

«El Imperio romano era un “sistema” económico desconcertante y en expansión (desde luego, no un sistema en el sentido económico moderno). Estaba, en parte, muy bien conectado, era un sistema casi protoglobal. **Había una moneda común rudimentaria para todo el mundo romano, con denominaciones universalmente reconocidas y reconocibles en oro, plata y bronce**. Había también algunos productos, especialmente la cerámica, que se extendieron a lo largo y ancho del mundo romano, desde Escocia hasta el Sáhara, a modo de ejemplo temprano de producción en serie (pueden verse los mismos utensilios romanos de cerámica roja brillante amontonados tanto en las estanterías de los museos de Argelia como en la muralla de Adriano, en la frontera escocesa). Y **existen poderosos indicios de una fabricación a escala industrial y de redes de transporte a larga distancia.**»

«No obstante, el imperio se financiaba sobre todo a través de un mosaico de diferentes **impuestos creados a conveniencia y recaudados de diferentes maneras por todo el mundo romano: derechos de aduanas, peajes de carretera, impuestos electorales, impuestos portuarios e impuestos sobre la propiedad**. Gran parte de ellos se percibían en metálico, pero algunos se cobraban en “especie” (como parte del trigo procedente de Egipto, que luego se distribuía en la capital).»

«La fuerza del ejército, el control de los procesos políticos y los delicados juegos de malabares con el resto de la élite sin duda sustentaban el gobierno del emperador. Pero también contribuía a ello el simple hecho de que **el emperador era con mucho el hombre más rico y el que más tierras poseía del mundo romano**. Su riqueza se vio acrecentada por una manipulación cada vez más eficiente entre lo que técnicamente eran fondos del

“Estado” y su riqueza personal. También se incrementaba por la **rápida acumulación de propiedades** —gracias a regalos, herencias y confiscaciones— y por el hecho de que, cuando una nueva familia accedía al trono, todas sus tierras y posesiones quedaban incorporadas a la cartera del emperador.»

LA IMPORTANCIA DEL OCIO

«Los gladiadores solían ser esclavos o criminales convictos que habían sido sentenciados a luchar como castigo. Incluso los que eran voluntarios libres perdían algunos de sus privilegios y derechos de ciudadanía cuando se inscribían. Y, sin duda, los animales más raros y más notorios que se exhibían evocaban los lugares más recónditos y peligrosos del mundo natural, que Roma estaba destinada (como sin duda creían muchos de los presentes en el público) a conquistar o a domesticar. [...]

Algo similar sucedía con el castigo de la pena capital, que tenía lugar en los intermedios del programa, entre las luchas de gladiadores y las cazas de animales (posteriormente también se incluiría el martirio de los cristianos en la arena). **A lo largo de la historia, ha habido muchas culturas que han utilizado la ejecución pública de quienes han violado las leyes más fundamentales de la sociedad como poderoso instrumento para reforzar esas leyes.**»

«Y presidiéndolo todo estaba el emperador. Era el empresario y el principal coreógrafo, aunque probablemente el verdadero trabajo lo realizaban centenares de esclavos de palacio (¿a qué lado de la barrera sentían que pertenecían?). **Él era quien lo pagaba todo, y su poder absoluto estaba a la vista, pues era el árbitro final que decidía si el gladiador derrotado debía vivir o morir.**»

«Por un lado, los gladiadores eran oficialmente seres despreciados, marginados, privados de sus derechos y víctimas de la violencia de Estado. Por el otro, alimentaban las referencias culturales de los romanos. La figura del luchador en la arena fue a veces utilizada por los autores romanos como símbolo de arrojo frente a la muerte, como metáfora de las disputas morales del filósofo y como **símbolo de la potencia sexual masculina** (en latín, gladiator significaba literalmente “luchador con gladio”; y gladius significaba tanto “espada” como, coloquialmente, “pene”). La madre de Cómodo, Faustina, no fue la única dama de la élite romana acusada de tener un romance con un gladiador. Esto era casi un cliché.»

«Las carreras tenían también una larga historia. Originalmente, **las carreras de carros y de caballos estaban integradas en las tradicionales fiestas religiosas de la ciudad**, y aunque hoy han adquirido una imagen mundana (más un deporte de masas que de culto), siempre estuvieron **íntimamente relacionadas con los dioses.**»

«La **pasión de Calígula por su caballo de carreras favorito** —Incitatus («Máxima velocidad»)— no se limitaba a todas las anécdotas que se contaban al respecto, como la de que había invitado a cenar al animal o amenazado con hacerlo cónsul. Era parte integrante

del desmesurado fanatismo del emperador por las carreras de carros. Calígula, supuestamente, mimaba en exceso a Incitatus, tanto que **enviaba soldados a los establos la noche antes de la carrera para asegurarse de que nadie perturbara el sueño del caballo**, además de proporcionarle un establo de mármol, un pesebre de marfil, mantas púrpura (el color imperial) y toda una serie de lujos, entre ellos una casa, muebles y sus propios esclavos.»

«**Todo empezó en privado, pero poco a poco, según la versión más extendida, Nerón empezó a actuar ante el público**, primero en Nápoles, donde se produjo una situación de mal agüero, pues el teatro se desplomó por completo tras su aparición, y después en la propia Roma, donde actuó en recitales (no como miembro del reparto habitual, sino como intérprete en solitario con un pequeño grupo de comparsas), **cantando y tocando la lira**. Hay numerosas anécdotas curiosas y pintorescas sobre sus actuaciones y ambiciones teatrales. Asumió algunos papeles extravagantes, encarnando tanto a hombres como a mujeres. Entre ellos destaca su interpretación de *El parto de Cánace* (Cánace era una “heroína” mitológica griega que dio a luz al hijo de su hermano y después se suicidó).»

«Solo podemos adivinar lo que pensaban los lectores antiguos sobre el emperador que “salía de caza” en el sentido metafórico. Pero hay testimonios de que para algunos la pasión de Adriano por la caza (entendida en sentido literal) iba demasiado lejos. La Historia Augusta, por ejemplo, sugiere que también Trajano era demasiado aficionado a las cacerías, pues supuestamente hizo que Adriano volviera a Roma desde Hispania cuando era joven para alejarlo de las oportunidades de caza que allí había.»

EN EL EXTRANJERO

«**Adriano fue el viajero imperial por antonomasia**. Cualesquiera que fueran los motivos que lo indujeron a ello —curiosidad, pies inquietos, un deseo de relacionarse con el imperio—, el caso es que fue a todas partes.»

«Detrás de algunos de los destinos elegidos por Adriano había un **propósito militar**, como su visita a la provincia de Britania y muy probablemente también su presencia en primera línea de frente en la guerra contra los judíos, que se rebelaron en la década de 130 e. c. A veces encontramos al emperador implicándose activamente en la política (o entrometiéndose en ella) de las ciudades de las provincias y codeándose con los más ricos y poderosos (y es muy probable que se codeara también por primera vez con el esclavo Antínoo en uno de estos viajes). [...]Sin embargo, **su principal objetivo era dejar constancia de su paso —en mármol, ladrillo y cemento— por las diferentes partes del mundo romano**. En cierto modo, estos viajes eran la imagen especular de su proyecto en Tívoli, donde construyó su residencia privada como una réplica del imperio en miniatura. En sus viajes, lo que hacía era incrustar literalmente a “Adriano” en todo el imperio.»

«Sin embargo, **con estos viajes a menudo se ponía en riesgo la reputación del emperador, y su afán por alejarse podía interpretarse de diferentes modos**. De Tiberio, por ejemplo, se

dijo que estaba enfadado o que **escapaba de su esposa** cuando se trasladó a Rodas durante varios años durante el reinado de Augusto. Pero **el viaje que más ridiculizaron los autores romanos fue el que hizo Nerón a Grecia, durante más de dieciséis meses, en los años 66 y 67 e. c. Según afirmaban, el emperador se había limitado a hacer payasadas bochornosas y a concebir proyectos megalómanos, además de mostrar un absurdo despliegue de poder:** un ejemplo práctico de cómo no debe comportarse un emperador en el extranjero. Decían que Nerón estaba tan empeñado en competir en las principales festividades griegas (en los Juegos Olímpicos y otras) que tuvieron que reprogramarlas para que coincidiesen con las fechas de su estancia, y después amañarlas para que ganase en todas las modalidades en las que participó, tanto artísticas como deportivas.»

LÍDERES EN GUERRA

«Por encima de cualquier otra cosa, **lo que impelía a los emperadores a salir de Italia era la guerra: ni visitas a monumentos, ni espíritu viajero, ni reconocimiento, ni relaciones públicas.** Uno de sus títulos formales, imperator (del que deriva nuestra palabra “emperador”), significa literalmente “comandante militar”.»

«Un ejemplo clásico es la historia de Calígula en la campaña del año 40 e. c., que posiblemente fue una **invasión fallida de Britania**. A orillas del Canal de la Mancha, mirando hacia la isla aún por conquistar, dispuso sus líneas de combate y, haciendo sonar las trompetas, ordenó a sus soldados que no siguieran avanzando en busca de la gloria militar, sino que recogieran conchas marinas en la playa.»

«Fuera cual fuese el papel desempeñado por los emperadores en el campo de batalla, **tanto si estaban presentes en primera línea de frente como si no, eran siempre oficialmente comandantes en jefe, y, en este sentido, todas las victorias militares eran suyas.** Por esta razón era técnicamente correcto que monopolizasen la antigua ceremonia del “triumfo”, que se remontaba, o así lo creían los romanos, a los mismos orígenes de su ciudad y al reinado del rey Rómulo.»

IMÁGNES DE LOS GOBERNANTES

«En última instancia, esta revolución imperial en lo relativo a la creación y distribución de imágenes se remonta a Julio César, justo al inicio del gobierno de un solo hombre. **Julio César fue el primer romano cuya efigie empezó a aparecer en las monedas acuñadas en la ciudad, rompiendo así la vieja tradición republicana que solo admitía acuñar monedas con imágenes de dioses, héroes míticos y personajes muertos mucho tiempo atrás.** Pero no solo eso. Según Dion Casio, había también proyectos grandiosos para colocar su estatua en las ciudades del imperio y en todos los templos de Roma.»

«Quien tuvo la suerte de poner en práctica los planes de César a lo largo de un reinado de cuarenta y cinco años fue su sucesor, Octavio Augusto. **En Italia, y en todo el mundo romano, se han descubierto alrededor de doscientos retratos —bustos o estatuas de cuerpo entero— hoy identificados con mayor o menor firmeza como Augusto.»**

«La élite de la República se había inclinado por un estilo “con verrugas y todo”: el retratado se veía demacrado, arrugado y anciano. **Tanto si se pretendía una representación fiel o no de los personajes (y no tenemos forma de saberlo), se concedía un valor específico al poder de la senectud y la autoridad.** Augusto cambió todo esto. Su propia imagen recuperaba las tradiciones idealizantes de la escultura griega del siglo V a. e. c. En sus estatuas de cuerpo entero, aparecía retratado con el cuerpo ideal clásico en una variedad limitada de poses (de pie y ataviado con la toga o con coraza, o a veces montado a caballo).»

«**Los retratos de las mujeres de la familia imperial eran todavía más revolucionarios que los de los hombres.** Para empezar, porque también se fabricaban en grandes cantidades, aunque no en la misma proporción que los de los emperadores (se han conservado unos noventa retratos escultóricos de Livia, por ejemplo, comparados con los doscientos más o menos de su marido Augusto). Y además, porque era la primera vez que se exhibían públicamente en Italia retratos de mujeres de forma regular (aunque hay algunos ejemplos anteriores en el Mediterráneo oriental). Si nos paseásemos por la ciudad de Roma en los años 50 a. e. c., apenas encontraríamos imágenes de mujeres que no fueran diosas o heroínas míticas. Cien años después, sería imposible no ver estatuas de las mujeres de la familia del emperador. **El mundo visual se había transformado.»**

«**Es muy significativo que en cada una de estas imágenes las emperatrices aparezcan con los atributos de diosas:** Agripina, tanto en Afrodias como en el camafeo, aparece sosteniendo la característica cornucopia (“cuerno de la abundancia”) de la diosa Tique, o diosa de la Fortuna (aunque la figura puede también evocar a la diosa Ceres, protectora de las cosechas y de los frutos del campo); Julia Domna aparece con el atuendo de la diosa de la Victoria. No es extraño que las figuras imperiales —sobre todo, aunque no solo, en el caso de las mujeres— se representen con los símbolos de la divinidad.»

«Retratos diminutos de los gobernantes y de su familia se utilizaban para decorar lámparas de cerámica baratas, corazas de soldados, espejos y relojes de sol... Incluso se estampaban en los muebles corrientes. [...] **La familia imperial aparecía incluso en los tableros de juegos:** así, por ejemplo, la cabeza de la esposa de Augusto, Livia, proporcionó el diseño para fichas de juego baratas utilizadas en los antiguos juegos de mesa.»

«CREO QUE ME ESTOY CONVIRTIENDO EN UN DIOS»

«En la actualidad, el hecho de que los emperadores fallecidos se convirtieran, mediante la votación del Senado, en dioses inmortales puede parecernos uno de los aspectos más desconcertantes, e incluso más risibles, de la religión y de la política romanas bajo el gobierno de un solo hombre. [...] **La parodia de la deificación de Claudio por parte de Séneca parece coincidir con muchas opiniones modernas sobre este procedimiento y con las invectivas de los primeros autores cristianos.** Para los cristianos, la sola idea de

transformar a un autócrata totalmente imperfecto en una deidad inmortal sobrehumana era un blanco fácil, y se convirtió en una de sus mejores cartas contra la religión tradicional romana. Incluso todo un emperador pensó que podía hacer un chiste con esto en su lecho de muerte. Según se cuenta, Vespasiano pronunció entre sus últimas palabras la broma siguiente: **“¡Ay!, creo que me estoy convirtiendo en un dios”**.»

«Los emperadores murieron en circunstancias muy diversas y a veces desagradables. Los asesinatos brutales han sido siempre los más recordados, desde el homicidio de Julio César en el año 44 a. e. c. hasta la sórdida eliminación de Heliogábalo en el 222 e. c. y el ataque letal a su sucesor Alejandro Severo por sus propios soldados en el 235, en algún lugar cercano a la moderna ciudad de Maguncia, en Alemania. (Podemos añadir algunos de los ejemplos intermedios más o menos llamativos: Calígula murió apuñalado en una emboscada en un pasadizo del complejo palaciego en el año 41; Domiciano, apuñalado en su *cubiculum* en el 96, y Caracalla, acuchillado mientras meaba durante su campaña oriental en el 217.) Estos finales violentos se explican en parte por el hecho de que **la muerte era la única manera reconocida de abandonar el trono.**»

CEREMONIAS FUNERARIAS

«Las **ceremonias funerarias** se desarrollaron casi como si de un triunfo se tratase. La figura de cera del emperador, como el general en el triunfo, iba vestida con los atuendos del dios Júpiter. En un carro triunfal del cortejo se mostraba otra imagen de Augusto. El Senado decretó que la ruta de la procesión —desde el foro hasta el lugar de cremación, en el Campo de Marte, a menos de dos kilómetros al norte— tenía que seguir el mismo camino que las procesiones triunfales, pero en dirección inversa. **Al ser tan similar a un desfile de la victoria, este funeral marcó una delgada línea entre las ceremonias tradicionales romanas y la exhibición de la autocracia.**»

«Es difícil hoy en día, y sospecho que siempre lo fue, determinar con exactitud quién fue el responsable de la deificación (*consecratio* en latín) de los miembros de la familia imperial. Los deseos del emperador reinante debieron de desempeñar un papel decisivo a la hora de convertir oficialmente a su predecesor, o a su difunta esposa o a su hijo, en un dios o en una diosa. Cuando Claudia, la hija de Nerón, fue convertida en diosa en el año 63 e. c., tras morir a los cuatro meses, es improbable que alguien más que el emperador interviniera en esa decisión. En todo caso, la deificación no dependía solo de él. **Para que un ser humano fallecido se convirtiera en un nuevo dios, era imprescindible una votación formal en el Senado.**»

«Sin embargo, algunos de ellos fueron **tratados claramente como dioses inmortales, y recibieron culto continuado durante décadas,** e incluso siglos después de su muerte. Entre ellos estaba Claudio, que, a pesar del desenlace de la fantasía satírica de Séneca, no fue degradado ni expulsado del cielo, y que, como muchos otros, tenía un templo prominente en la ciudad de Roma.»

«Por qué tantos romanos, desde lo más alto hasta lo más bajo de la jerarquía social, se convirtieron al cristianismo, y por qué el Imperio romano se convirtió en un estado cristiano, son las cuestiones más debatidas, y los mayores misterios, de toda la historia de Roma.»

«Dicho de otro modo: para los romanos, la frontera entre las categorías de humano y divino era transitable y, en algunos aspectos significativos, borrosa. Se creía que, entre los ancestros directos de algunos mortales, había dioses. El linaje de Julio César se remontaba hasta el

mítico héroe troyano Eneas y, a través de él, hasta su madre, la diosa Venus (no es ninguna coincidencia que César inaugurase un nuevo templo en Roma dedicado a Venus Genetrix, la “antepasada” de toda la estirpe romana y de su propia familia).»

EL FIN DE UNA ERA

«Con la muerte de Alejandro Severo, sin embargo, la descripción del cargo empezó a cambiar. Por esta razón he decidido poner punto final a Emperador de Roma en el año 235 e. c. No es que los posteriores emperadores fueran más “malos” que “buenos” en términos tradicionales. La cuestión es que las coordenadas de “lo que era ser un emperador romano” cambiaron drásticamente. Durante los siguientes cincuenta años, los gobernantes entraron y salieron con rapidez del cargo: los rivales se arrebataban el poder unos a otros en una vertiginosa sucesión, durante largos períodos de guerra civil. De los aproximadamente treinta emperadores (o usurpadores por poco tiempo) que se hicieron con el poder entre el año 235 y el 285, “algunos permanecieron en el trono seis meses, otros un año, y unos cuantos un par de años o tres como máximo”. Así es como lo expresa el autor de la Historia Augusta, para quien Alejandro Severo no solo fue un ejemplo, sino que marcó el fin de una era.»

EL PAPEL DEL CRISTIANISMO EN EL INICIO DE UNA NUEVA ÉPOCA

«El cristianismo fue también un elemento crucial en esta transformación. Hasta ahora, los cristianos del Imperio romano no han tenido apenas cabida en este libro. El motivo es que, durante los dos primeros siglos del gobierno de los emperadores, había pocos y rara vez reclamaban la atención de las autoridades romanas.»

«La Historia Augusta asegura incluso, con razón o sin ella, que **Alejandro Severo tenía en un altar doméstico una imagen de Jesús junto con las distintas figurillas divinas** (que incluían a sus predecesores, ahora dioses, y a Abraham).

No obstante, desde su reinado hasta comienzos del siglo IV e. c., cuando Constantino se convirtió en el primer emperador romano en abrazar abiertamente el cristianismo, hubo una serie de persecuciones impulsadas desde el poder central a una escala nunca vista antes en el imperio. **En torno al año 250, un gobernante efímero exigió incluso que todos**

los habitantes realizasen un sacrificio para demostrar su lealtad a los dioses tradicionales y para conseguir un certificado que demostrase que lo habían hecho (no duró lo suficiente como para ver el resultado).»

«**Lo que sí está claro es que la revolución cristiana en la cultura y en la política, así como en la fe, tuvo un efecto evidente: derribar muchos de los cimientos en los que se había fundamentado el viejo orden del emperador romano.** [...]El martirio de los cristianos en el anfiteatro —“¡Cristianos a los leones!”— lo puso todo patas arriba. Hiciera lo que hiciera el público ante el espectáculo, la cultura del cristianismo convertía en héroes a aquellos que tradicionalmente habían sido las víctimas despreciables de la arena; ahora, en virtud de su fe, triunfaban ante la muerte y tenían a Dios de su lado. Esta inversión destruía la lógica del viejo orden. **La desaparición de los juegos de gladiadores durante el Imperio romano cristiano no se debió tan solo a su crueldad (aunque contribuyó a ello). Se debió también a que ahora ya no tenían sentido.**»

DETRÁS DE LOS NOMBRES

«**Desde Calígula hasta Caracalla, y desde Nerón hasta Heliogábalo, los nombres por los que hoy en día conocemos a los emperadores romanos no eran sus títulos oficiales, o solo eran una forma muy abreviada de dichos títulos.** “Calígula” o “Botitas” es un apodo que nos remite a las botas militares que calzaba el emperador de niño (su nombre abreviado alternativo preferido por él era “Cayo”). Asimismo, “Caracalla” deriva de su estilo favorito de capa o caracalla. “Nerón” es solo uno de los nombres que este gobernante tomó del emperador Claudio cuando fue adoptado por él (“Nerón” era un nombre de la familia de Claudio). “Heliogábalo” es un apodo tomado del nombre del dios que él promocionaba. Hay también otras variantes: por ejemplo, yo he preferido utilizar la forma “Alejandro Severo”, aunque hay quienes usan “Severo Alejandro”.

No se trata simplemente de convenciones modernas. Eran los nombres por los que los romanos se referían a sus distintos gobernantes (eran más cortos, más concisos y más característicos que los títulos oficiales), y que nosotros hemos adoptado.»



CRÍTICA

A LA VENTA EL 25 DE OCTUBRE

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
689 771 980 / easpas@planeta.es